

A los dos años de guerra DE INDEPENDENCIA

Por DOLORES IBÁRRURI

ESPAÑA VENDIDA E INVADIDA MAPA Y CIFRA DE LA EXPOLIACION EXTRANJERA

Bien lejos estaban de pensar los iniciadores de la ubiervación contra el Gobierno legítimamente constituido y contra la República, que la lucha que ellos comenzaban, sirviendo de instrumento para la realización de los planes del fascismo alemán e italiano, iba a ser de tanta duración.

Dos años de guerra, de resistencia heroica, habían al mundo con el lenguaje del sacrificio, de la voluntad quebrantable del pueblo español de no aceptar, cueste lo que cueste, que España deje de ser una nación democrática y libre, para transformarse en un inmenso campo de concentración o en una colonia italiana.



Pretendieron que el 18 de julio de 1936 marcara en la Historia de España un hito como señal de una nueva etapa en la historia de la nación española.

Lo han conseguido, sólo que a la inversa de cómo esperaban; el sentimiento patriótico que malos gobernantes habían hecho casi diluirse en el alma de nuestro pueblo ha rotado de manera espléndida, maravillosa, y hoy más que nunca, el amor a la patria, el orgullo de sentirse españoles, es más vivo que jamás lo fuera, lo mismo en la España que lucha en defensa de la República y de la democracia, que en la España que soporta dolorida y avergonzada, la presencia, el robo y el pillaje de los ejércitos invasores alemán e italiano.

Pensaron matar la libertad, aniquilar la democracia; y la defensa de la democracia y de la libertad, es el afán cotidiano de nuestros soldados, de nuestros obreros, de nuestras mujeres, de todo nuestro pueblo.

Y al fragor de los combates, los comunistas, los socialistas, los anarquistas, los republicanos, todos los antifascistas llevan, no la bandera de su propio ideal, —al que no han renunciado sin embargo— sino la bandera de la República, que es la bandera de España, que es la bandera de la independencia nacional, de la libertad y de la democracia.

Y ni los mercenarios del Tercio, ni los bárbaros marroquíes, ni los ejércitos fascistas que Italia y Alemania han enviado a España, ni su poderosa aviación, ni la cantidad de artillería y armas mecánicas que los países totalitarios empujan contra nosotros, han conseguido abatir el ánimo de nuestro pueblo, ni quebrantar su decisión de continuar la guerra hasta el fin victorioso para la República.

Y esto que, para cada uno de los que queremos a España libre y grande, es un motivo de satisfacción y de orgullo, porque nos sabemos parte de un pueblo capaz de tantos sacrificios y de tanto heroísmo, no nos hace, sin embargo, ser los optimistas infantiles que piensan que solamente por tener razón, por ser justa nuestra causa, y porque es muy heroico nuestro pueblo, podamos ganar la guerra.

La guerra se hace en diversos frentes, y no es menos peligroso el frente de la intriga, de la maniobra, que el frente de batalla donde los hombres se encaran a diario con la muerte.

A medida que el enemigo comprende que la resistencia de nuestro pueblo no puede ser quebrantada por la fuerza, recurre a otros procedimientos que pueden a veces dar resultados, cuando la vigilancia de las masas populares no es lo profunda que debiera ser.

Y al volver la vista al camino recorrido y pararnos un poco en un pasado no muy lejano, vivimos

con fuerza a nuestro pensamiento las palabras de advertencia, de un ardiente llamamiento a la unidad de todo el pueblo ante la invasión japonesa, de nuestro hermano, el Partido Comunista chino: «La dificultad más grande de los momentos actuales —dice a su pueblo el Partido Comunista chino— no es tanto la escasez de material bélico, ni que los japoneses hayan avanzado en el interior del país, sino en el hecho de que los usurpadores japoneses, además de la invasión armada, tratan de conquistar la China por las fuerzas de los mismos chinos y en que los traidores, los espías, los bandidos trotskistas aumentan de todas maneras sus provocaciones, con objeto de minar la unidad de nuestras fuerzas nacionales, sobre todo si se tiene en cuenta que la cohesión de nuestras fuerzas no ha alcanzado todavía el nivel necesario.»

Esta táctica de los países conquistadores, consistente en buscar puntos de apoyo en el interior del país que quieren someter, es una vieja y conocida táctica, que fracasa solamente a la medida que el pueblo está vigilante y no se deje sorprender por argucias o sentimentalismos hábilmente empleados por los agentes del enemigo que, fingiéndose amigos, realizan una labor derrotista y traidora. Y hoy, al cabo de dos años de guerra, de torturas infinitas, de sufrimientos y de privaciones, cuando el cansancio abruma a los fatigos de fe, a los que desprecian el esfuerzo sobrehumano del pueblo que lo ha levantado todo, cuando todo se había derrumbado, la provocación y el derrotismo puede encontrar campo propicio para desarrollarse, y hay que evitarlo con la vigilancia atenta de todos los antifascistas.

Con la certera ilusión de la victoria fuimos a la lucha el 18 de julio; con esta fe inquebrantable nos hemos mantenido cuando los sucesos nos eran adversos y cuando se hundían en el desaliento muchos que parecían fortalezas.

Al iniciarse el tercer año de guerra, recogemos la consigna del jefe del Gobierno, que es todo un programa, y con la misma confianza de los primeros tiempos, doctores interpretando y expresando la voluntad de nuestro pueblo: ¡Resistiremos y venceremos!!!

Cuando aparecieron los primeros uniformes, los primeros puñales y las primeras camisas negras en la calle de las Siervas, a los señores se les iban, de gusto, las manos hacia el aplauso. El gozo les reventaba por los ojos de la traición.

—¡Miralos. Los tenemos ya con nosotros.

—Ahora verán los «rojos» lo que es bueno.

—Estos, éstos son los que van a salvar a España.

En los barrios obreros las casas —las pocas casas— que aún no tenían por habitantes un recuerdo espantoso y una maldición, caujaban entre impresiones su opinión clarividente.

—Ya no son los amos los señores.

—Tendremos que echar antes a los extranjeros.

Como siempre, era el pueblo el que sentía la patria antes que el bolsillo. Aguardaba políticamente los sentidos, sin saberlo, y vola en el horizonte una inmensa estrella apunhalada, sangrante, sobre la que caían cuervos de turbio vuelo.

Traición y venta de España

En la Plaza Mayor de Salamanca, en el Espolón de Burgos, a la misma hora, las mismas escenas y, consistentemente, las mismas reacciones diferenciadas. Y en Málaga más tarde. En Málaga la invasión ya no se puso anfitrión. Los Italianos entraron en la ciudad en formación militar. Como dueños y señores. Precedidos de sus tanques. Seguidos de sus baterías. El día anterior buques de guerra alemanes habían cooperado a la operación cerca del puerto. Y aviones con marca italiana y germana bombardearon las filas interminables de evacuados en la carretera de Málaga a Almería.

Lo mismo que en Málaga entraron en Asturias y Santander. Lo mismo, no. Con un cinismo redoblado, con una insolencia que arrancaba lágrimas de coraje a los pocos españoles decentes que quedaron.

Lo primero que hicieron al entrar fue clavar su bandera en la torre más alta. En los lugares más visibles. La bandera italiana.

Pero lo que nosaban los españoles honrados es que en el año 1934 unos miserables disfrazados de patriotas y unos militares con la espalda temblorosa de Annual fueron a subastar a España a una sala del Palacio Venecia.

Penetración y colonias

Ahora España está en manos de los que la compraron. La España de Franco, el cabecilla feón, que ya no puede defenderla aunque quisiera.

La penetración comenzó en forma militar, como una ayuda a la insurrección contra la República. Pero eso era sólo el ardor para ulteriores objetivos. Como la agresión a España es el primer paso, el estirbo para atacar a Francia e Inglaterra. Hoy la penetración llega a todas las actividades, a todas las zonas de producción. Italia y Alemania están instaladas militarmente en España —en la Península, en Baleares, en Marruecos, en Canarias—, pero además están en lo

que concierne a la industria, a la agricultura, al comercio.

Puede decirse que la organización de la vida en la zona invadida corresponde exactamente al carácter típico de una colonia. Más aún. La España dominada por el fascismo es a estas horas el país europeo donde más acentuadas se dan las formas del colonialista.

Los salarios, el campo, las industrias

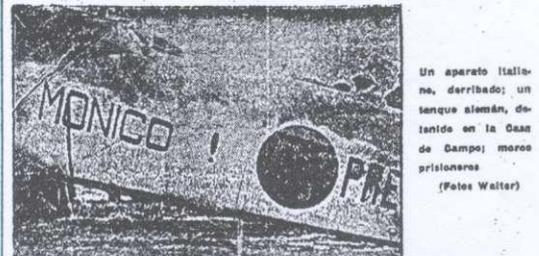
Los salarios han descendido hasta un límite extremo. No son ya jornales o haberes devengados por un determinado trabajo; son la soldada miserable que arroja el amo al esclavo. Como consecuencia, el hambre amenaza a las clases obrera y media, y a no ser por los castigos y los fusilamientos que se prodigan de continuo, las protestas subirían por sobre los fragores de la guerra. A veces así sucede. Hay un ejemplo reciente: la

huelga de campesinos de Córdoba, cazados a tiros por la guardia civil y enviados a primera línea de fuego por el delito de pedir pan.

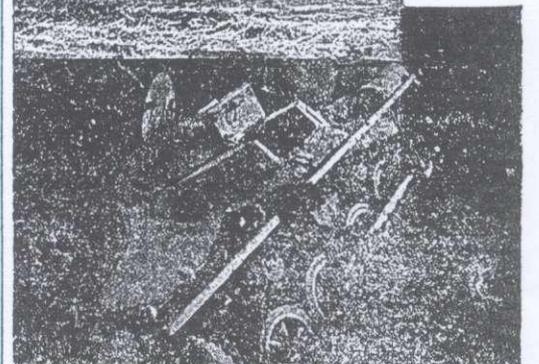
El campo está usurpado, detenido en muchas regiones por los extranjeros. En Andalucía son muchos los pequeños propietarios y colonos que han sido desposeídos de sus tierras y entregadas éstas a campesinos llegados de Italia. Los que todavía pueden explotar sus propiedades están esquilimados por los impuestos, cada día crecientes, y las exigencias económicas de la guerra.

Los intereses extranjeros radicados con anterioridad al 18 de julio en terreno fascioso sufren la intervención de los dirigentes y cabecillas, instigados por la codicia de sus valedores germanoitalianos. Esto lo saben bien, entre otros, los capitalistas británicos, cuyas acciones en Rintino apenas- las producen otra cosa que preocupaciones políticas.

(Pasa a la página 10)



Un aparato italiano, derribado; un tanque alemán, derribado en la Casa de Campo; moros prisioneros (Foto Walter)



3. República popular, representada por un Estado vigoroso que se asiente sobre principios de pura democracia y ejerza su acción a través de un Gobierno dotado de la plena autoridad que confiere el voto ciudadano emitido por sufragio universal y que sea el símbolo de un Poder ejecutivo firme, dependiente en todo tiempo de las directrices y designios que surcan al pueblo español.

LOS DOS AÑOS DEL EJERCITO POPULAR

por MARGARITA NELKEN

(Viene de la página 8)

ra los que pretenden contribuir con su complejidad diplomática, eficientemente, bárbaramente injusta, el acoso brutal de ese ejército.

«Dos años (dos años) Ese combatiente español que ahora tiene no importa qué grado y está no importa en qué brigada sabe bien lo que han sido. Le dieron una pistola con cuatro balas en la Casa del Pueblo tal día como hoy; después le entregaron un fusil en el quinto regimiento; en el Jarama le pusieron un casco sobre la altura de los ojos y le dieron una bayoneta muy aguda. Y le hicieron olvidar la palabra miltiano. Ha visto caer a sus camaradas día por día hasta borrarlos los primeros en la niebla de un «ataque» lejano. Ha visto conquistar sus ascensos a los camaradas, conoce todas las penas y los polines y las dificultades y las glorias. El sabe cómo se aman y se aman el entusiasmo, el dolor, el león invencible, el amor a la patria que se grita cuando en un acto solenne se grita: «Viva el Ejército Popular!»

Entre nosotros

El hecho glorioso de la existencia de nuestro Ejército no quiere decir que no tengamos en él nada que superar. Todavía tiene defectos, y los tiene grandes. No hemos logrado rebasar la como paradoja doctrinal que nos divide en el Ejército. Falta aún disciplina en el Ejército. Hay que aumentarla hasta toda su tensión rigidamente militar. Nadie tiene la culpa de que esto sea preciso, como nadie entre nosotros la tiene de que se nos quiera robar la patria sin ninguna justificación. Falta todavía capacitación en muchos mandos, que no han comprendido bien el problema que nos ha planteado en este aspecto el gran ejemplo teórico que tenemos enfrente. El Comisariado, la creación magnífica de nuestro Ejército, no ha llegado a la perfección. No como entidad ni

en cuanto a su dirección responsable. En este sentido tiene en su haber lo mejor de nuestros dos años de resistencia. Pero todavía hay comisarios muy buenos, buenos, medocros y malos. No debe haberlos más que buenos. El comisario tiene que ser el hombre saturado de responsabilidad. Que sienta en su cerebro y en el resto de sus acciones y en su sangre el peso de la responsabilidad. Y otras deficiencias de índole técnico y material a las que no negamos en casi ninguna ocasión su condición de inevitables.

Todo esto no amonora, ni niega, ni empaña, ni rebaja esta obra tan emocionalmente nuestra, gigantesca, para el asombro del mundo, glorificada de banderas y hombres, que es el Ejército Popular español.

Con sus dos años sangrientos, sufridos, alegres y grandes de defensa de la tierra, de lucha con su gran cuerpo único—desde el que lleva un palo de camilla hasta el general en su Estado Mayor—las trincheras de la patria.

Clemente Cimorra

Barcelona, 19 de julio de 1938.

UNA ACLARACION

Hemos recibido, para su publicación, la siguiente nota:

Algunos periódicos, al dar publicidad, en el día de ayer, a la condena impuesta por los Tribunales al comisario Juan Hierro Arcos, se limitaron a consignar su primer apellido. El hecho se presta a lamentables confusiones, que ya he comenzado a tocar.

Como hombre de Partido y como miembro del Comisariado General, me interesa hacer constar que no se trata de mí, que continúo desempeñando las funciones de mi cargo al lado del Secretario general del Comisariado de Guerra hasta que mis superiores jerárquicos dispongan otra cosa.

Barcelona, 17 de julio de 1938.

ANTONIO HIERRO MURIEL



Tal vez sea, esta transformación de nuestras mujeres, una de las características de esta guerra que más me convenga subrayar.

Ahora bien: ¿Es exacto el término «transformación»?

Más justo sería decir «afloración». Salida a la superficie de valores ignotos, que permanecían latentes y disimulados bajo la estratagemas obligada de los quehaceres cotidianos en la existencia ordinaria de la mayoría de las mujeres.

Pero, desde el primer día, desde la primera hora, se pusieron a tono con los imperativos que imponía la necesidad apremiante, sin dilación ni vacilación posibles, de aplastar a los traidores que pretendían vender las libertades del pueblo y la independencia patria a los enemigos internacionales de aquí y al invasor. Aquí y allá de recato doméstico, de horizonte limitado por los intereses y afectos del hogar; años y años, sobre todo, de

ideal pacifista que «repudiaba por igual cualquier coyuntura que convirtiera al hijo en hombre que mata, desvanecieron sus huellas en unos minutos y dalaron lugar a un presente en que la mujer, igual que sus compañeros, había de vivir por preocupaciones de orden general, y de dar a la guerra toda su fe, toda su voluntad, todo su entusiasmo. Si, tal vez sea este, el fenómeno que mejor digna al mundo la razón de nuestro pueblo, y su derecho a tener razón por encima de todas las razones.

Desde la primera hora, a la altura de su misión. Los primeros tiros disparados por los insurrectos, hicieron crecer hasta el pueblo que hoy ocupa, por encima de diferencias de ideologías y partidos, la figura-símbolo de nuestra «Pastoraria»; y, al mismo tiempo casi que su voz, desde la emisora madrileña, llamaba al pueblo a las armas, cual nueva transposición, a la realidad viva, del verso inmortal de la Marsellesa, ante las verjas del Parque de Artillería en que quien estas líneas firma presidia a la destrucción de estas armas, apolabanse por igual ciudadanos de ambos sexos, por igual decididos a no ser esclavos. En aquella semana inmediata al 19 de julio,



MUCHACHOS DE BARCELONA, ACOMPAÑANDO A LOS SOLDADOS QUE LLEGAN DEL FRENTE (Foto Waller)

8. Profunda reforma agraria que liquide la vieja aristocrática propiedad señorial que, carente de sentido humano, nacional y patriótico, ha sido siempre el mayor obstáculo para el desarrollo de las grandes posibilidades del país. Asentamiento de la nueva España sobre una amplia y sólida democracia campesina, dueña de la tierra que trabaja.

(Viene de la página 8)

En Bilbao—uno de los centros industriales más codiciados— los alemanes se han apoderado de todo. Toneladas y toneladas de hierro salen para los puertos italianos. Los más importantes fábricas de toda Euzkadi están bajo el dominio de los agentes del «Führer». Pasajes puede considerarse en estos momentos como un puerto alemán por donde las tropas invasoras se surten de material sin que se altere la no intervención y por donde salen día a día las riquezas españolas.

Todo sale de la España sojuzgada. Todo lo roban y se lo llevan los agresores. Las naranjas, el aceite, el vino, los minerales, los objetos artísticos, los frutos, las hortalizas. A veces los cereales. Las últimas noticias de la Andalucía invadida acusan la falta absoluta de pan.

El hambre fascista de Alemania e Italia ha encontrado en el suelo empobrecido de aquella España infortunada una formidable botín.

Otros aspectos de la invasión

La invasión ha tendido una red de actividades y propagandas en toda la zona.

Los italianos, por medio de una policía especial, ejercen un riguroso control en los puertos y carreteras. La Gestapo ha establecido unas oficinas, y sus agentes, que se infiltran en todas partes, realizan libremente sus tareas características. Hay que destacar el tono subterfugio, de dominio seguro y duradero, que los alemanes imprimen a su labor. Mientras los italianos han ido acumulando soldados y oficiales, ellos han llenado el territorio de técnicos. Los técnicos hitlerianos están en las fábricas, en los talleres, en las oficinas, en la artillería, en tanques, en aviación. Son el Estado Mayor de la retaguardia. Un Estado Mayor que, como los otros Estados Mayores del frente, también italianos y alemanes, prepara para el futuro la desaparición total de España como nación y aun como pueblo.

En muchas escuelas se obliga a aprender el idioma italiano y en todo el territorio circulan tarjetas con las efigies de Hitler y Mussolini.

El desprecio de los invasores por los españoles lo llevan hasta el extremo

España vendida e invadida

de vivir separados de estos en algunas ciudades. Así está el caso de Sevilla. En Sevilla, la barriada de Heliópolis está totalmente habitada por italianos y en ella no puede residenciarse un solo español.

Ese desprecio toca también formas violentas. Son frecuentes las reyertas y los ataques a las personas en plena calle—entre soldados españoles y extranjeros, y particularmente entre oficiales. Muchos de ellos han sido fusilados por responder adecuadamente a las insolencias, los desplantes y las procedencias de los militares extranjeros. Y también algunos jefes falangistas participaron de las sanciones cuando protestaron de estos crímenes.

En hoteles y comercios se podría trazar la estadística más indignante del paso de los invasores. Especialmente de los italianos. Los alemanes, por regla general, son más inteligentes y precavidos en su trato con los elementos indígenas. Los italianos suelen marcharse sin pagar de todas partes y cuando alguien protesta le responden con injurias o actitudes violentas.

Los españoles sufren en su carne y en su dignidad, no sin rebelarse algunas veces, la complicidad y la cobardía de unos traidores que ya no pueden ser más que muñecos de su obra criminal.

El estallido patriótico

Contra todo este panorama de ignominia, contra este monstruoso crimen perpetrado sobre el suelo glorioso de España, se han sublevado muchos ánimos y muchas gentes de aquella zona a lo largo de estos dos años de guerra.

En Granada, poco antes del verano de 1937, estalló una sublevación en un cuartel. Era el primer chispazo contra la intromisión de los oficiales extranjeros. Durante varios días se luchó duramente. Tuvinieron que ser enviados a la ciudad en navetas abundantes contingentes de moros para reprimir el golpe. Los propios aviones fascistas volaron más de una vez sobre la capital bombardeando el reduto. La rebelión fue sofocada, pasando por las armas a todos sus mandantes.

En Málaga, más tarde, se produjo otra protesta armada, en la que ya participaron elementos civiles. Obreros, ciudadanos de distinta condición y aun fascistas que no podían soportar la injuria diaria, pelearon al lado de los oficiales españoles. El movimiento se extendió a algunos puntos de la provincia, pero también fue sofocado a través de la invasión.

Lo mismo aconteció poco después en Zaragoza, donde también se luchó varios días, y en algunas otras capitales y ciudades. En todas ellas la insurrección tuvo unos mismos fines: alzarse contra la invasión.

Los evadidos

La llegada constante de evadidos a nuestras filas es otro signo inequívoco del estado de ánimo del pueblo español en la otra zona, contra sus sojuzgadores. Los evadidos militares llegan a nuestras filas arriesgando la vida y escapando a una estrechísima vigilancia. Los paisanos, que han sido miles y miles, venían en la mayoría de los casos a través de penosas jornadas de camino por medio de montañas o parajes desiertos, con hambre de muchos días y las plantas sangrantes.

Gibraltar ha sido una puerta providencial para muchos que han escapado por el litoral andaluz. Por allí han salido centenares y centenares de españoles que huyen del terror fascista y del hálito de la presencia extranjera. Muy cerca, en la Línea, donde los alemanes tienen centros de capacitación técnica militar y en cuyos contornos han montado baterías de grueso calibre que amenazan al Peñón y a todo el extremo, se han desarrollado también acontecimientos sangrientos que han tenido por causa la protesta contra la invasión. No hace mucho fusilaron allí a un crecido número de oficiales del ejército español que repudiaban el sometimiento a jefes y disciplinas extrañas.

Una línea inacabable de sangre

Todos estos crímenes se han cometido y se enlazan, en una línea inacabable de sangre, con los otros crímenes cometidos en las primeras fa-

ses de la insurrección y a medida que los invasores han ido irrumpiendo en ciudades y pueblos españoles. Aquellos fusilamientos en masa de Badajoz. Las «razías» de moros en los barrios marginales de las ciudades de Sevilla. Los asesinatos incógnitos de Galicia. Las brutales represiones del Norte. Las búsquedas dramáticas de hombres por los caminos y los pueblos de Castilla. Las ciudades de Aragón y Cataluña destruidas y ensangrentadas. Las poblaciones arrasadas por la metralla de los aviones. Todo ese paisaje siniestro de pesadilla que pesa como una losa gigante en el corazón de cada español.

Todo ese paisaje de desolación que se condensa en esta cifra espeluznante: 600.000 asesinados.

Entre ellos, muchos falangistas que, sintiéndose españoles al fin, pudo en ellos más el grito de dolor de la patria desgraciada, volaron y se levantaron contra los explotadores. No sería extraño citar entre ellos el caso del capitán general Yagüe, encarcelado—y se dice que asesinado— por un discurso que era toda una condenación de la existencia de tropas extranjeras en la península. Y, desde luego, como exponente máximo, la rebelión y fuga de más de mil presos del fuerte de San Cristóbal, de Pamplona, la mayoría de ellos acerbillada a balazos en las montañas cercanas a la frontera francesa por los esbirros de Martínez Anido.

En España, antes del 18 de julio del 36, había una inmensa mayoría partidaria de la República democrática y de su forma de Gobierno. Hoy, esa mayoría se ha enriquecido considerablemente. En la zona invadida, muchos de los que vieron en su día el ejemplo de Franco, anhela volver al régimen republicano, libremente conducido por los españoles.

Pero hace falta que esas ansias no concreten y se canalicen en beneficio de la causa popular. Hace falta que cada español de la otra zona se levante cada mañana con la decisión de oponer una dificultad a los invasores. Para ello, tienen nuestro ejemplo. Nosotros les tendemos los brazos desde aquí. Saltamos el obstáculo de las trincheras y nos sentimos exclusivamente españoles. Españoles, patriotas ante el poder extraño. Hermanos en un mismo ideal y una idéntica sed de independencia.

Con una bandera tremolante en los muros, los tres puntos del Gobierno de la Unión Nacional.

en la Casa del Pueblo madrileña, herido de los fervores patrióticos de los trabajadores, ¡cuántas veces no hubiese ya sin poder y sin fuerzas, desahogado e interrumplidamente, de mantener el enfado de las compañeras a quienes—con el gesto—antes que con palabras decíamos que los fusiles y los pistóla—eran sólo para los hombres! Y luego en la Sierra, ¡cuántas militancias no subieron llorando de rabia a los camiones: en que las hacíamos volver a retaguardia! El Ejército que aun no era ejército, porque aún no había suajado, aquel «quien resiento este día» de ser parte de la constitución del Ejército Regular, vio caer un número infinito de compañeras que supieron—como sus hermanos y sus novias, arriar la vida y ofrendarla por la causa que se defendía. Es hora de procurar aquí recordar nombres: cualquier nomenclatura, por su parquedad; constituiría una imperdonable injusticia. Mas el heroísmo de una Paquetilla Solano, flor de diecinueve años cuando murió, me entra en el Espinar; de una Lina Odena, gloria impercedera de nuestras juventudes, copada por el fascio en los frentes granadinos; de una Antonilla Portero, que en Turisquez, y los dieciséis años, murió como una de las comisarias y de militantes bolcheviques, es representativo del sacrificio de innumerables compañeras en los mismos campos de batalla. Y cómo no recordar lo que ha supuesto de obediencia a las órdenes de entrega, lo que ha supuesto de tanta «enfermería» que, por no abandonar a sus heridos fueron, como las del hospital de Toledo, «coidas» a bayonetas, o como las del hospital de Sigüenza, «estrelladas» contra los guijarros de la calle desde los balcones del último piso?

El fascismo, fruto y síntesis de barbarie, y de la guerra totalitaria, necesaria al fascismo para seguir esclavizando pueblos, tienen fatalmente que acabar con las heroínas de este país. La formación del Ejército Regular y la organización de la producción de guerra dieron otros cauces a su heroísmo. Las jóvenes que, como aquella Luisa Delbet, de «Batallón Margarita Nelken» número 1, que se pasó toda la jornada—¡la terrible jornada!—de Ollas, yendo y viniendo de las avanzadas con herido a cuestas, hubieron de perecer, de que la retaguardia brindaba ancho campo a su voluntad de acudir a vencer. El futuro principalmente de nuestro Partido, y de la clarividencia organizadora de sus mujeres, orientadas por «Pastoraria», la consigna de la incorporación de la mujer al trabajo se tropezó con las heroínas de este país de victoria. ¡Cuán lejos—los tiempos—en que el horizonte del hogar era barrera punto menos que infranqueable! ¡Cuán remotos los tiempos en que se creía que la libertad femenina, por regla general, sólo era un «problema» y cuestiones personales o familiares—abracar Talleres; participación de la mujer en cuanto significa espíritu organizador; amparo de refugiadas, de la familia; múltiples—son inconciliables, las ramas de la actividad social en que nuestras mujeres secundan, refuerzan y facilitan la empresa gigantesca de dejar nuestra patria libre de los enemigos.

¿Que no es nueva en ellas la manifestación del sentimiento patriótico? ¡Ciertamente! y no hay apenas página de nuestra Historia que no lo patentice. Mas ahora no se trata ya sólo de recordar, cuando alguien pregunta, que sea Agustina de Aragón sino de completar lo que pudiéramos llamar «el gesto esporádico por la labor silenciosa, anónima y perseverante. Aquellas compañeras que el 7 de noviembre, cuando aún no se había producido nuestro llamamiento a la resistencia, nos rodearon en la Gran Vía para asegurarnos que en efecto tendrían agua hirviendo y gasolina para las bombas, que no eran sólo madrileñas de ciudad, sino que hasta el último aliento por impedir la entrada al invasor, sino trabajadoras decididas a no escatimar esfuerzo porque a nuestros combatientes nada les faltara.

¡Dos años ya desde la traición de la mayoría germana y italiana! ¡Y en estos dos años, las mujeres de España, que han sabido realizar el máximo sacrificio, el de distillar su angustia al ver partir hacia el peñón a sus seres más queridos, han sabido también, en estas horas, mundo asombrado, que, de un salto se han colocado a la cabeza de la actividad femenina. Y su constante y estrechísima identificación con las necesidades de la producción, que se obtiene hacia el soldado, que la firmeza y energía con que salen al paso de fatigosos y depresiones—es uno de los factores determinantes de la resistencia de un pueblo cuando es invadido, y se avanza libremente por una ruta de Progreso y de Cultura, hacia sus propios destinos.